

IV. LA AUTORREALIZACIÓN DEL HOMBRE EN EL LENGUAJE

1. La formación del hombre mediante el lenguaje	190
2. La autocomprensión por el medio del lenguaje	193
3. La importancia de la conversación	194
4. La fijación del hombre mediante la palabra por él pronunciada	195
5. La confesión y el reconocimiento	199
6. La promesa	202
7. La significación educacional	204

1. LA FORMACIÓN DEL HOMBRE MEDIANTE EL LENGUAJE

En el lenguaje no sólo se lleva a cabo la apertura del mundo. Asimismo sólo mediante el lenguaje se desarrolla el hombre en posesión de su propia esencia. Ambos procesos mantienen una necesaria acción y complementaron recíproca. Pero este segundo aspecto, el del autodespliegue en el lenguaje, requiere ser elaborado en forma específica como conclusión, ya que de otro modo quedaría fácilmente inadvertido. Aun cuando las consideraciones anteriores implicaban muchos aspectos en este orden, es necesario enfocarlos ahora desde el nuevo punto de vista.

En este proceso pueden distinguirse otra vez diversas etapas. En cuanto a la primera etapa, nos remitimos una vez más a la observación de Herder (que también recogió luego Humboldt), según la cual sólo gracias al lenguaje llega el hombre a la posesión de la razón. Pero esta vez no consideraremos esa sentencia en un sentido filosófico general, sino en lo relativo a la pedagogía, vale decir en cuanto a su significación para el autodesarrollo humano. Sólo en el lenguaje se despliega la razón humana, como asimismo el sentimiento y las demás fuerzas anímicas.¹

¹ En este caso dejamos de lado la cuestión respecto al punto hasta el cual el niño que todavía no sabe hablar es capaz de alguna forma de intelección y cómo se diferencia ésta del pensamiento conformado como lenguaje; nos limitamos a tratar del niño con el que tiene que habérselas el maestro, el niño que ya sabe hablar, y contemplamos aquí el proceso mediante el cual aprende a aprehender lingüísticamente el mundo exterior e interior.

Resulta importante precisamente desde el ángulo pedagógico el carácter indirecto de este proceso: en tanto la atención se dirige hacia el mundo que debe ser asido mediante la expresión idiomática, estructurándose y configurándose en ésta, se lleva a cabo de manera indirecta, en el desarrollo de los medios lingüísticos, también el desarrollo de las fuerzas anímicas. Sólo mediante el asimiento idiomático del mundo se estructura y se configura la vida propia.

Este nexo implica una máxima significación pedagógica. Tiene importancia decisiva el modo en que el lenguaje es transmitido al hombre por medio de la educación, y luego, también, la forma en que en su autoeducación usa el lenguaje. La adquisición del lenguaje no es meramente adquisición de un medio de expresión o de comunicación, sino que constituye la formación del hombre a través del lenguaje. Pues en un sentido muy riguroso rige lo siguiente: tal como es el lenguaje, así es también el hombre. Si el lenguaje de un hombre es pobre o rico, desordenado o diferenciado, caótico o claramente distribuido, difuso o nítidamente definido, así será el hombre que lo habla: igualmente pobre o rico, caótico u ordenado, nebuloso o definido. Esto no debe tomarse aquí como expresión psicológica: el que por su lenguaje pueda conocerse al hombre es algo que se sobrentiende. Se trata en este caso de algo más profundo: no decimos que el hombre es tal como luego se manifiesta en el lenguaje, sino que *se convierte* en tal en virtud de su lenguaje. El hombre no posee, pues, una naturaleza fija, sino que va adquiriendo ésta en la forma en que desarrolla su lenguaje. La negligencia respecto al lenguaje es siempre al mismo tiempo indisciplina del hombre que lo habla y viceversa, la disciplina y la diferenciación en el lenguaje va disciplinando y diferenciando al hombre. Con cada palabra precisa y acertada aumenta el hombre su fuerza y su definición.

Aquí se presenta un profundo problema pedagógico: no existe ningún medio tan apropiado para influir en la formación del hombre como el camino a través de su idio-

ma. Se trata, por cierto, de un procedimiento curiosamente indirecto: no intento influir directamente en su persona, sino que lo abordo dando un rodeo a través de su lenguaje, a través de la involuntaria retroacción que desde la formación de su lenguaje irradia sobre su naturaleza misma. Y esta irradiación retroactiva es tanto más eficaz, cuanto más se realiza con miras al objeto y no como intervención en la persona.

Tomar el idioma de esta manera no implica prestar atención al lenguaje como tal. En este aspecto radica el peligro de una educación idiomática demasiado consciente. Cuando la atención se dirige con excesiva exclusividad a la belleza y elegancia del lenguaje, surge el riesgo típico de la retórica, del habla afectada, del placer inspirado por la palabra sonora y bien formada que se desliza sobre las cosas, más aún, que se aparta de su objetivo propiamente dicho en aras del placer brindado por una bella formulación. He aquí el curioso peligro que implica todo cultivo en exceso consciente del lenguaje. El lenguaje se convierte en objetivo de sí mismo. Desde el punto de vista educacional, semejante cultivo de la lengua no sólo carece de valor, sino que tiene consecuencias fatales, ya que, a pesar de todo ese refinamiento de la forma, seduce al afectado y lo hace caer en la vacuidad del palabrerío. El prestar atención al lenguaje resulta educacionalmente valioso sólo cuando se produce con miras al objetivo y tal proceso es controlado desde este ángulo. No se trata de obtener la expresión bella, sino la exacta y acertada.

Es notoria y muy discutida la influencia que se ejerce mediante los ejercicios de composición. No hay ejercicios válidos en el uso del lenguaje, sino cuando éste se trata con seriedad; sólo en tal caso podrá uno empeñarse seriamente a favor de la correcta formulación lingüística. Precisamente por eso la educación idiomática ejercida en la escuela no puede tampoco ser asunto de una materia separada, puesto que participa de la totalidad de las materias objetivas.

2. LA AUTOCOMPREENSIÓN POR EL MEDIO DEL LENGUAJE

Junto a este efecto formativo que el hombre experimenta al cultivar dentro de sí las facultades para el habla correcta y adecuada a sus objetivos, existe aquel otro que hace que en virtud del medio del lenguaje el hombre se objetive frente a sí mismo, para llegar a conocer así no sólo su mundo externo, sino también, guiado por el lenguaje, su mundo interno. El hombre no llega a conocer sus virtudes y sus vicios, sus cualidades anímicas y sus actitudes morales, en forma distinta de aquella en que conoce las cosas del mundo exterior a las que desde un principio se acerca mediante la interpretación del lenguaje. Todo su ser va formándose dentro de los moldes provistos por el lenguaje, y como su lengua es siempre una lengua especial junto a muchas otras, se trata también siempre de las formas peculiares prefiguradas en la visión del mundo de estas lenguas especiales en las que el hombre penetra con su crecimiento.

Esto, desde luego, no debe entenderse como si el lenguaje prediseñara para él una cabal imagen de carácter de la que él sólo tiene que hacerse cargo. Pues en tal caso todos los hombres que hablan el mismo idioma tendrían que resultar enteramente iguales. Lo que sucede es más bien que el lenguaje provee y pone a disposición posibilidades, diversas nociones de virtudes y actitudes morales por las que se modifican las posibilidades humanas básicas y generales de una manera especificada por el lenguaje. El hombre recoge la posibilidad que le cuadra, pero al asir esa forma prefigurada, su comportamiento va configurándose de acuerdo con ella y asimismo todo su ser, en constante reiteración. El hombre va formando su ser en moldes lingüísticamente dados *a priori*. (Al respecto no serviría de mucho sostener que entonces un talento preexistente se sirve de tales formas para su desarrollo, pues jamás puede comprobarse la existencia de semejante talento *previo* al lenguaje. No tiene pues nin-

gún sentido científicamente utilizable plantearlo. Debe bastar el hecho de que dentro del lenguaje se elaboran las diversas formas de caracteres, que se mantienen todos ligados entre sí en razón del horizonte interpretativo de la lengua que les es común.)

3. LA IMPORTANCIA DE LA CONVERSACIÓN

Hasta ahora sólo hemos hablado del influjo del lenguaje en la medida en que el hombre se mueve en el medio de una lengua determinadamente caracterizada que ya encuentra ahí como tal y de la que se apropia de una manera más o menos individual. Ahora hemos de abordar el proceso del hablar en sí mismo y observar qué significa el proceso del habla dialógica y monológica para la autorrealización del hombre. No es necesario que retomemos una vez más las cuestiones ya discutidas al comienzo detenidamente, cuando nos ocupamos de la conversación. Bastará con que recordemos al respecto brevemente, y desde el nuevo punto de vista, lo que sigue:

El hombre necesita la conversación con otros como condición para su evolución. La palabra puramente monológica resultaría vacua y se agotaría bien pronto si no encontrara en la contestación del otro una resistencia provocativa. Tan sólo motivada por la sorprendente objeción del otro, que por lo pronto causa dificultades, por las "fricciones", puede la palabra inflamarse y tornarse productiva.

Habíamos visto además hasta qué punto depende la conducta momentánea, como asimismo toda la evolución de un hombre, de la forma en que el otro le dirige la palabra. Hemos llamado la atención asimismo sobre la importancia del nombre con el cual se lo interpela. Pero mientras que en las últimas partes nos ocupamos sobre todo de los nombres que el hombre da a las cosas y con los cuales se apodera de las cosas, ahora resulta importante también el nombre del cual el hombre es portador y por el cual lo llaman sus prójimos. Pues por medio de

este nombre ellos se apoderan de él de una manera muy particular. Al dirigirse a él llamándolo por su nombre, lo obligan a asumir su identidad y a responder de sí mismo. El que se sumerge usando un nombre falso, pretende renegar de su identidad. En la novela de Broch, *Los inocentes*, se trata este problema de un modo incisivo. El protagonista intenta sustraerse a su responsabilidad por el pasado mediante la carencia de nombre. Reflexiona así: "Sólo existe una única forma de protección, que es la carencia de nombre. El que ya no posee un nombre, no puede ser llamado, ellos no pueden llamarlo. Gracias a Dios, yo he olvidado mi nombre".² Y una vez más repite: "Quien ya no tiene nombre, vive en el no suceder, y ya nada puede sucederle".³ Es inasible, pero con ello pierde al mismo tiempo su sostén interior, pues el papel social y el ser uno mismo interiormente se encuentran inseparablemente unidos en el nombre. Por eso el protagonista, luego de su vano intento de huida, se siente como liberado cuando finalmente alguien vuelve a dirigirse a él llamándolo por su nombre.⁴

Finalmente, hemos de recordar que la soltura de la auténtica conversación amistosa constituye la situación en la cual el hombre, al expresar sus pensamientos en libertad respecto a la presión de tareas urgentes, encuentra la forma más pura de apoyarse en sí mismo. De ahí que semejante conversación sea ante todo el medio para un libre despliegue de sí y que en tal sentido tenga una alta significación pedagógica.

4. LA FIJACIÓN DEL HOMBRE MEDIANTE LA PALABRA POR ÉL PRONUNCIADA

Aquí hemos de destacar antes que nada el otro aspecto que hasta ahora no consideramos: el efecto que ejerce el

² H. Broch, *Die Schuldlosen*. DTV, vol 330. Munich, 1965, pág. 40.

³ Broch, *op. cit.*, pág. 4.

⁴ Broch, *op. cit.*, pág. 267.

hablar —y por cierto no tanto cuando fluye fácilmente, sino cuando surge en empeñosa lucha con una resistencia— sobre la evolución del que habla, vale decir, la retroacción de la palabra pronunciada sobre el que la ha pronunciado. En el sentido en que ya antes establecimos cómo el hombre clarifica y define mediante la palabra que pronuncia una situación difusa hasta entonces, también él en sí mismo adquiere con ello firmeza. Aquí rige en grado sumo el postulado de la autorrealización del hombre mediante el lenguaje. Ya no se trata, como en los casos anteriores, de la formación de un ente rico y estructurado; en este caso se trata con especial énfasis de la definición y la firmeza de su ser que va ganando en función de lo que pronuncia. Es más: sólo así entra en su vida un elemento que sin el lenguaje seguiría fluido y variable. Sin duda puede afirmarse, en un sentido general, que aun en la vida desprovista de lenguaje se forman hábitos y que de este modo también surge una cierta constancia en las líneas de la vida. Pero esto sólo acontece a modo de una paulatina reafirmación. El hombre adquiere la verdadera firmeza, vale decir, la creada por él mismo y que puede valorarse moralmente, sólo mediante la palabra por él pronunciada y de la que se hace responsable. Trataré de fundamentar lo dicho paso a paso.

Esto rige a partir de la vida cotidiana. Lo que el hombre ha pronunciado, por casual que haya sido y aunque no haya puesto énfasis alguno en ello, lo obliga ante sí y ante los demás. Ya no podrá en otra oportunidad decir otra cosa, dando como explicación una frase como: "¡Qué me importa mi estúpida chachara de ayer!" Ya al hacer hincapié en la cosa mediante una broma, señala que en verdad debería importarle bastante. Lo que el hombre ha pronunciado una vez lo compromete ante sus prójimos. Éstos esperan de él en el futuro la misma opinión. Y como el hombre debe tomar en consideración esta expectativa, el hecho ejerce el consiguiente efecto sobre él. De manera que en virtud de la palabra pronunciada se destaca algo fijo que emerge de la corriente de la vida, algo que

puede retenerse y guardar en la memoria, y el hombre que lo pronunció queda incluido en esta fijeza.

Ello señala indudablemente la importancia de la educación respecto al trato responsable con la palabra hablada: el hombre conquista la firmeza de su ser, o bien la pierde, según sepa identificarse con su palabra o no. La vacilación en lo que el hombre dice, no es sólo una expresión cambiante de un ser independiente de tal expresión, sino la nebulosidad, la vaguedad de ese ser en sí mismo.

Por supuesto, tal fijación u obligación no rige incondicionalmente. El hombre puede por cierto cambiar de opinión. Pero ya no podrá hacerlo tácitamente. Eso requerirá más bien determinado paso: deberá confesar que se ha equivocado y aducir los motivos que ha tenido para su cambio de opinión. El que inmotivadamente dice hoy una cosa y mañana otra, es considerado como irresponsable charlatán. Sus prójimos no lo toman en serio. No puede uno hacer trato con un hombre semejante. No se sabe qué se podrá esperar de él.

Esta posibilidad de comprometer al hombre en relación con la palabra por él pronunciada se aplica a cualquier palabra, hasta cierto punto incluso a la que se le ha escapado involuntariamente. Pero en grado máximo rige esta condición cuando el hombre, en caso de que se lo requieran emite su "sentencia" y, de este modo, como ya lo hemos expuesto,⁵ resuelve una cuestión en conflicto, vale decir, cuando pronuncia un "veredicto" independiente, que puede ser citado. También aquí rige la ley según la cual de este modo no sólo queda resuelta una cuestión, sino que el hombre mismo que la ha resuelto se compromete sin poder ya retractarse. Cuando Pilato declara ante los judíos: "Lo que yo he escrito, lo he escrito", no se trata de una manifestación de empecinamiento o de querer tener razón, sino de la naturaleza necesaria de toda palabra pronunciada con responsabilidad y, más aún, de toda palabra escrita con responsabilidad. Debido a su fijación me-

⁵ Cf. *Die Macht des Worts*, *op. cit.*, págs. 33 y sigs.

diante el lenguaje, tal palabra se tornó invariable. De modo similar lo destaca ocasionalmente Buber: "Esta persona concreta responde con su lealtad, dentro del espacio vital que se le adjudicó, por la palabra que pronuncia".⁶ Y el hombre debe responder de su palabra, si no quiere perder su prestigio ante los ojos del mundo que lo circunda. Casi se ve forzado, debido a la exigencia externa basada en su palabra, a asumir la firmeza de su carácter. No existe nada más firme en el mundo que la palabra hablada; es más, acaso sea esto lo único en el mundo que ostente en general el carácter de una simple invariabilidad. Constituye de hecho, cuando se la pronuncia con énfasis, un *monumentum aere perennius*.

Esto no equivale a decir que se eterniza toda decisión errónea. El hombre puede revocar su sentencia. Pero ello significará bastante más que el cambio de opinión fundamentado que acabamos de mencionar. Así como ningún tribunal puede anular por sí mismo un veredicto una vez pronunciado, tampoco puede el hombre individual revocar su palabra, salvo, por así decirlo, ante una instancia superior. La palabra no variará. Seguirá siendo lo que es. Pero se verá anulada y reemplazada por otra nueva, mejor fundada, por una palabra más vigorosa por lo tanto. Se tratará siempre de un paso cargado de grave responsabilidad, que sólo podrá darse sobre la base de causas valederas y que afrontará una fuerte resistencia exterior e interior. También la revocación exige que el hombre se juegue por entero, puesto que tiene que imponerse contra toda resistencia, incluso con más fuerza que cuando emitió la sentencia que ahora ha de ser revocada. De ahí que hasta la revocación —y ésta en forma muy destacada— sea un paso en el camino de la autorrealización del hombre.

⁶ M. Buber, *Das Wort, das gesprochen wird*. Obras, vol 1. *Schriften zur Philosophie*. Munich y Heidelberg, 1962, pág. 453.

5. LA CONFESIÓN Y EL RECONOCIMIENTO

Una posición especial entre las palabras comprometedoras para el hombre les corresponde a la confesión y al reconocimiento. Es evidente que ambas nociones se encuentran estrechamente ligadas entre sí. El criminal confiesa el hecho que ha cometido, se reconoce culpable. También pueden confesarse otras cosas que se habían ocultado, por ejemplo, un sentimiento de amor que se había mantenido en reserva. En cambio, uno hace profesión de sus convicciones, de su fe, etc., y esto constituye un reconocimiento. Ambas actitudes tienen en común el que no son aplicables a cualesquiera circunstancias del mundo exterior, sino que se refieren a la persona del que habla, quien siempre en estos casos se ve obligado a responder a una inculpación o a una sospecha o a alguna clase de suposición. Se trata, pues, siempre de una reacción ante un comportamiento del mundo circundante. Y la diferencia parece radicar en que la confesión se relaciona con determinados hechos acontecidos en el pasado, por regla general hechos malos, fechorías, que el hombre ha tratado de ocultar y cuya admisión se le exige ahora, mientras que el reconocimiento se relaciona con el núcleo más íntimo de su persona. El hombre reconoce tener tales o cuales convicciones, creencias, etc. Reconoce haber cometido sus acciones, pero esto difiere de una mera confesión. El hecho de reconocer sus acciones significa que se identifica con ellas, que responde por ellas con toda su persona. Mientras que en la confesión se conduce algo ya pasado a su desenlace, el reconocimiento tiende al mismo tiempo hacia el futuro. Puesto que se atiene a lo que ha reconocido, el hombre asume con ello también la obligación de mantenerlo en lo porvenir aun frente a tentaciones venideras.

Ambas actitudes tienen en común el hecho de que mediante ellas el hombre abandona un mundo de mentira y ocultamiento o sólo de falta de claridad, de vaguedad,

dándose a conocer inequívocamente tal como es, aun cuando así se vuelva vulnerable y se exponga a algún peligro. Ambas actitudes requieren, pues, del hombre una fuerza moral considerable, en la medida en que significan imponerse contra inclinaciones naturales. Y precisamente en ello reside su importancia para la autorrealización del hombre. Mediante este acto el hombre se aprehende a sí mismo, al responder por sí y por su conducta ante el mundo. En ello reside al mismo tiempo su gran significación pedagógica.

La situación en la cual el niño debe confesar algo que ha hecho y no debió haber hecho se presenta con mucha frecuencia en la educación, desde transgresiones graves hasta acontecimientos nimios de la vida cotidiana. Se espera del niño que admita sus faltas y que lo haga sin muchas palabras, con un claro sí o no. Se espera de él esta confesión aun cuando las circunstancias del hecho sean tan evidentes que en verdad no habría de requerirse ninguna confirmación. A menudo el niño se subleva frente a una exigencia de este tipo. Preguntamos, por lo tanto: ¿por qué se pide la expresa confesión?, ¿por qué no nos damos por satisfechos con un adecuado castigo o con alguna otra reacción apropiada? ¿Por qué importa tanto que realmente se pronuncie la palabra de la confesión? Es porque sólo así se pone fin a un estado de suspenso. Antes el inculpado aún podía recurrir a subterfugios, tratando de dar al asunto una interpretación de algún modo favorable para él o de dejarlo precisamente en suspenso. Mas no bien se pronuncia la confesión esto cesa. El hombre en cuestión carga con el hecho y tiene que responder del mismo. De este modo el hecho queda fuera del plano de las posibilidades inciertas; se ha convertido en un hecho determinado y fijado como tal. Sólo así lo pasado pudo llegar a un desenlace y el asunto puede quedar "enterrado". Pero al mismo tiempo, al responder el hombre por lo que ha hecho, aun cuando no lo apruebe ya o se avergüence de ello, adquiere una actitud inequívoca frente a sí mismo. Deja de ser una pelota que va y viene entre una y otra de sus propensiones, y aprende

a comportarse con dignidad hacia sí mismo y a responder por sus actos. Aun cuando se trata de acontecimientos lamentables que provocan la necesidad de confesión, tales momentos de crisis en el desarrollo del hombre adquieren máxima importancia: sólo con su ayuda se concibe el hombre como responsable de sí mismo. Y por eso no debe ahorrársele al niño la palabra expresa de la confesión. Ahora bien, la confesión tal vez sólo se limite al ámbito de las transgresiones que el hombre habría preferido ocultar. El reconocimiento, en cambio, penetra con fuerza mucho más positiva en el espacio de su libertad. Es cierto que el hombre también reconoce su culpa, lo cual nos conduce de vuelta al caso anterior, pero mucho más fructíferos son los casos en los que reconoce profesar algo: una amistad, una opinión, una fe. Siempre se trata de que mediante un acto de libertad el hombre se identifique con algo en el centro de su ser. Reconocimiento equivale a ligazón libremente elegida. En esta clase de reconocimiento se rechaza la tentación de un retroceso, de una traición. El reconocimiento es un acto de lealtad, lealtad para con lo existente, pero que al mismo tiempo se extiende hacia el futuro. El reconocimiento es siempre también un acto público: ante el mundo entero reconoce el hombre lo que más le importa en su vida. En última instancia, reconoce sus ideales. Y en virtud de esta libre decisión adquiere firmeza él mismo, se convierte en sí mismo en el verdadero sentido.

Tal vez el reconocimiento en este sentido supremo ya no sea asunto de la educación, por cuanto supone la existencia de un hombre ya hecho, plenamente responsable de sí. Pero también en lo que concierne al hombre en desarrollo se presentan muchas oportunidades que requieren que la disposición al libre reconocimiento sea fortalecida y que el reconocimiento expreso sea estimado en su dignidad.

6. LA PROMESA

Lo que se ha dicho en general acerca de la palabra pronunciada con énfasis y acerca del compromiso para el futuro que ella tácitamente implica siempre, vale en mucho mayor medida en cuanto a la palabra mediante la cual el hombre se ata para su futuro, la palabra que le da a otro como promesa, una palabra que el otro a su vez puede "tomarle". En la promesa nos enfrentamos con un caso extremo de la palabra hablada que presenta en grado máximo rasgos que forman parte en general de la naturaleza de la palabra hablada, pero que se tornan muy nítidamente reconocibles vistos desde este extremo.⁷

Gabriel Marcel fue sin duda el primero en plantear esta pregunta: ¿qué significa para la comprensión del hombre el hecho de que pueda dar y cumplir promesas y de que los demás hombres crean en sus promesas? Responde así: esto resulta posible únicamente porque el hombre no es un ser del momento, abandonado al desamparo que trae el cambio de estado, sino que hay en él algo gracias a lo cual, por medio de un esfuerzo moral, puede elevarse por encima de los cambios de estado. La respuesta de Marcel implica: la promesa demuestra la existencia en el hombre de un núcleo moral que supera la temporalidad.⁸ (No es lícito objetar en este sentido que de acuerdo con la experiencia las promesas a menudo son quebradas, no se cumplen. Aun si esto sucediera en la mayoría de los casos, bastaría el hecho de que haya casos

⁷ Aunque ya me he ocupado en varias ocasiones y en otros contextos de la promesa, no puedo dejar de hacerlo también en este lugar, ya que todo el proceso de la autorrealización no puede hacerse debidamente inteligible sin la consideración de este caso extremo. Cf. J. Häussling, *Untersuchung über das Wesen des Versprechens*. Disertación. Maguncia, 1952.

⁸ G. Marcel, *Sein und Haben*, trad. por E. Behler. Paderborn, 1954, págs. 53 y sigs. Cf. O. F. Bollnow, *Französischer Existentialismus*. Stuttgart, 1965, págs. 106 y sigs.

en que las promesas sí se cumplen y de que en la vida humana se confíe en ellas.)

Marcel, por cierto, no parece haber prestado atención al carácter peculiarmente idiomático de la promesa. Sin embargo, las promesas en forma expresa sólo pueden realizarse mediante la palabra pronunciada (y cuando se habla también en otro sentido, por ejemplo, de "un comienzo muy promisorio", se usa la palabra en una forma negligentemente figurada). Hans Lipps vio con toda agudeza este carácter idiomático de la promesa y hemos de remitirnos aquí a sus exposiciones.⁹ Pues en la promesa se destaca con peculiar insistencia el carácter productivo del lenguaje, ya que ahí tenemos un claro ejemplo de los casos en que la palabra se adelanta para arrastrar tras de sí a la realidad. Lipps observa al respecto: "La palabra es lo primario y experimenta paso a paso una distinción realizadora".¹⁰ Tal vez en este caso pueda decirse directamente que la palabra posee en sí misma un poder formador de realidad, pues enfrenta al hombre con la exigencia de ser "rescatada" o "cumplida", y se trata por cierto de una exigencia de curioso carácter inexorable, puesto que la palabra empeñada se mantiene invariablemente firme, sin que ningún cambio de situaciones pueda alterarla. La palabra es severa. La noción "cumplimiento" es también en este caso la denominación acertada, sólo que aquí el cumplimiento no se produce por sí mismo ni procede de algún otro lado, sino que ha de ser realizado gracias al esfuerzo del hombre que rescata su palabra.

Ahora bien, el hecho de que no siempre le resulte fácil al hombre cumplir su promesa y de que a menudo este cumplimiento debe lograrse a través de una penosa lucha muestra la importancia de la promesa en el proceso de la autorrealización del hombre. Acabamos de expresar que en virtud del cumplimiento de su promesa el hombre se manifiesta con una mismidad que supera al tiempo. Tal

⁹ Lipps, *Bemerkungen über das Versprechen*. VS, págs. 97 y sigs.

¹⁰ Lipps, VS, pág. 102.

firmeza no le fue dada por la naturaleza, sino que la va adquiriendo en el esfuerzo por el cumplimiento de su promesa. Cumpliendo la promesa, no sólo rescata mediante una realización verdadera lo que había anticipado como promesa en un momento anterior, sino que simultáneamente se transforma a sí mismo, se eleva por encima de su existencia "natural" sujeta al cambio de sus sentimientos e inclinaciones, y se convierte en una persona moral. Adquiere identidad en sentido riguroso y, viceversa, pierde ese ser él mismo y se hunde en la vaguedad de una existencia desvalida cuando traiciona sus promesas. Quisiera, por lo tanto, definir esa noción de "mismidad", usada hasta ahora sin determinación, en coincidencia con su uso lingüístico acuñado por la filosofía existencial en este sentido riguroso: como el núcleo existencialmente entendido, en virtud del cual el hombre se enfrenta libremente con toda mutación de la vida y de las circunstancias, con una firmeza que nunca le es regalada, sino que conquista con esfuerzo. Es ésta la forma última y más elevada en que tiene lugar la autorrealización del hombre a través del lenguaje.

7. LA SIGNIFICACIÓN EDUCACIONAL

Es evidente que estos atisbos tienen importancia máxima desde el punto de vista educacional. Con el análisis del cumplimiento de lo prometido y la lealtad respecto a la palabra dada hemos llegado al centro del proceso mediante el cual el hombre se eleva desde su existencia natural y no comprometida hacia la persona que con responsabilidad responde de sí misma. Pero dado que el hombre ha de cumplir este paso siempre él mismo y que nadie puede liberarlo de esta tarea o siquiera facilitársela, la acción directa de la educación se topa aquí con rígidas fronteras. Lo más importante queda en forma latente en la necesidad de que el educador conozca la importancia de estos procesos y haga por su parte todo para evitar perturbaciones y evite extravíos de la incipiente responsabilidad.

Ahora me limitaré a mencionar breves indicaciones que se deducen de lo anterior: una de ellas requiere que el educador mismo cumpla sus promesas como compromisos absolutos. Nunca debe prometer algo a la ligera y con miras a una momentánea tranquilización. El niño no comprenderá por qué más tarde, y acaso teniendo buenos motivos para ello, se desvía de su promesa; el niño se atiende en forma mucho más literal que el adulto a la promesa una vez empeñada, y la confianza en la validez de la palabra dada se le derrumba no bien descubre que se le ha engañado. El educador empuja frente al niño de poca edad no toma en serio la promesa, socava para éste el carácter absoluto de la palabra empeñada y con ello los fundamentos del mundo moral en general. Obra, simplemente, de manera irresponsable.

La segunda cosa que importa es llamar al hombre a la responsabilidad, sobre los límites de aquello que responsablemente puede prometer. Pues con respecto a cosas que no dependen de la libre disposición del hombre, tampoco puede éste hacer promesas. Forman parte de este ámbito sus sentimientos y sus pensamientos, como también todo aquello que depende de circunstancias externas. Nadie puede prometer que al día siguiente experimentará determinado sentimiento¹¹ (como en el caso del rey Pedro en *Léonce y Lena*, que empeñó su palabra real de que al día siguiente se alegraría con motivo del casamiento de su hijo y se encuentra perplejo cuando éste, para sustraerse al mismo, recurre a la fuga). Tampoco puede nadie prometer conservar una determinada opinión, pues ésta podrá verse superada debido a una nueva comprensión, y el hombre se volvería insincero si a pesar de su mejor comprensión mantuviera su opinión anterior. Por eso es inmoral, e irresponsable sobre todo desde el punto de vista educacional, aceptar semejantes promesas. Conducir al hombre al conocimiento de lo que responsable-

¹¹ G. Büchner, *Léonce und Lena. Werke und Briefe*. Inselverlag o. J., págs. 136 y sig.

mente puede prometer, y exigir de él un cumplimiento incondicional de la palabra dada si ha prometido algo, constituye una tarea de la educación a la que debe adjudicarse, dentro del marco de la educación moral en su totalidad, una importancia central. Toda negligencia en este sentido, aun cuando surgiera de intenciones benevolentes, es en última instancia irresponsable.

Lo que aquí, en cuanto a la promesa como caso límite se destaca, vale asimismo, en diversas formas, con respecto a toda palabra hablada. Rige en un sentido estricto el postulado de que el hombre únicamente puede realizarse a sí mismo a través del lenguaje.

Hemos tratado de desarrollar este proceso en tres etapas:

1. El hombre requiere como medio de su autodesarrollo un lenguaje que encuentra como ya existente y en el cual se hallan prefiguradas determinadas posibilidades de su vida.
2. Para la acuñación de su naturaleza requiere la realización a través de la palabra pronunciada con responsabilidad.
3. Se eleva hacia su verdadera mismidad únicamente mediante la palabra dada en forma anticipatoria en la promesa.

De modo que encontramos valedero en un sentido estricto: el hombre se torna él mismo sólo a través del Lenguaje. Sólo en virtud de la libremente elegida atadura a la palabra que supera al tiempo, se eleva por sobre el vacilante tiempo. En ello se funda en última instancia la dignidad del lenguaje como medio de educación.

Al final del camino, reflexionando sobre el resultado, no encuentro nada mejor que las palabras con *qv*[^] Pestalozzi resume el valor del lenguaje para la educación, palabras que deben tenerse en cuenta a fin de que no suri a una imagen excesivamente unilateral a causa de las manifestaciones lingüístico-críticas a las que hemos anelado en nuestra introducción: "¿Qué es la verdad?... Para el LENGUAJE Y EDUCACIÓN 207

hombre es ciertamente verdad todo aquello que debido a su naturaleza se ha visto necesitado de expresar en palabras, para sí y para su generación. De modo que si buscas verdad para tu generación, enséñale a hablar".¹²

¹² Pestalozzi, op. cit., vol. 13, págs. 53 y sig.